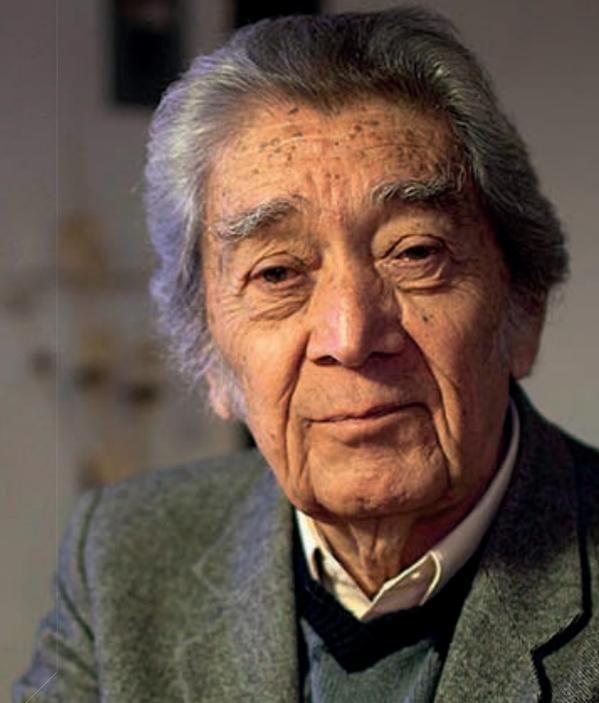


LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



78

LETRAS LIBRES
JULIO 2013

IN MEMÓRIAM

ADIÓS A MARTÍNEZ VERDUGO

ROGER BARTRA

Me ha conmovido profundamente la muerte de Arnoldo Martínez Verdugo, que ocurrió mientras me hallaba de viaje fuera de México. A mi regreso me encontré con la mala noticia del fallecimiento del político que me ayudó a superar el dogmatismo que empapaba a la izquierda mexicana de los años sesenta, y que además fue el amigo que con su calidez e inteligencia me impulsó a buscar nuevos caminos. Siempre apoyó mis a veces inoportunas ideas y me instigó a expresarlas abiertamente. Creía en el debate y la apertura, en la flexibilidad y la innovación.

Desgraciadamente, todavía no ha aparecido el historiador o el politólogo que emprenda un estudio biográfico de Martínez Verdugo, cuyo papel democratizador está en la línea de Enrico Berlinguer y de Santiago Carrillo. Quien haga su biografía encontrará que detrás de su carácter sobrio se esconden claves fundamentales para entender la evolución de la cultura política mexicana. Arnoldo nació en 1925 en un pequeño pueblo sinaloense, hijo de una familia de agricultores. Su vida es una

muestra ejemplar de las vicisitudes de la izquierda para ocupar un espacio en la vida política mexicana. Muy joven se fue a la ciudad de México, para trabajar en la fábrica de papel San Rafael y estudiar pintura en La Esmeralda. Durante años militó en un partido comunista dominado por el estalinista Dionisio Encina, hasta que el propio Arnoldo encabezó la versión mexicana del deshielo político y llegó a la secretaría general del PCM en los años sesenta del siglo pasado.

Durante esos años la izquierda en México inició un proceso de reflexión que la llevó a impulsar decididamente la transición democrática. Se dice fácilmente ahora, pero en realidad el proceso fue largo, difícil y penoso. Había dos formidables obstáculos: el dogmatismo marxista y el nacionalismo revolucionario. La izquierda comunista dogmática creía que la democracia formal no era más que una superestructura política del modo de producción capitalista y denunciaba su carácter “formal” y “burgués”. La “verdadera” democracia debía tener una expresión socialista y por lo tanto ser una forma de la dictadura del proletariado a la que se había referido Marx. La izquierda nacionalista, por su parte, en la línea populista expresada por Lázaro Cárdenas, estaba convencida de que la democracia representativa era propia de países industriales desarrollados y que en

las condiciones de atraso de un país tercermundista eran necesarias otras formas de representación popular acordes con las peculiaridades nacionales. El marxismo dogmático y el populismo nacionalista constituían un gran obstáculo para entender la enorme importancia de impulsar una transición política a la democracia.

El gran impulso para romper los viejos esquemas provino inusualmente del lugar menos pensado. En la historia de la izquierda mexicana Arnoldo es un personaje olvidado por muchos y que sin embargo constituye una pieza clave para entender la transición a la democracia. Fue el dirigente comunista que, en agudo contraste con la tradición estalinista, renunció a ser objeto de cualquier clase de culto a la personalidad y se escondió detrás de la máscara gris y opaca de su posición como secretario general del partido. Acaso por su carácter, y porque muchos quieren olvidar que la democracia en la izquierda creció en el contexto inhóspito del dogmatismo leninista, este político ha sido injustamente borrado de la memoria colectiva. Yo quiero repetir que, durante mi larga época de militante, pude sobrevivir a las inclemencias de la política gracias al apoyo y a la amistad de este singular personaje. Arnoldo Martínez Verdugo escapó de las viejas cavernas dogmáticas para convertirse en el candidato a la presidencia



+Arnoldo Martínez Verdugo
(1925-2013).

un nuevo camino para la izquierda y para el país.

Cuando conocí a Arnoldo en 1961 él era un joven dirigente político de unos 36 años y yo un adolescente terca-mente aferrado a ideas revolucionarias recién adquiridas, que venía de un frustrado grupo con inclinaciones guerrilleras encabezado por Rubén Jaramillo. Para mi sorpresa, Arnoldo fue un bálsamo que me hizo meditar y me abrió puertas que no había vislumbrado. Me asombró ver que la intelectualidad comunista era mucho más dura y dogmática que el máximo líder del partido, a quien a veces tildaban de pragmático. Muchos recuerdos de aquella época me asaltan, pero hay uno que quiero mencionar brevemente. Todavía tengo en la memoria la ocasión en que Arnoldo me invitó

ideas y que debíamos optar por la democracia. Quiero recordar también que veinte años después Arnoldo apoyó decididamente la línea iconoclasta y crítica de la revista que yo dirigía, *El Machete*. Las ideas de Arnoldo fueron decisivas en la posición crítica del PCM ante la invasión soviética a Checoslovaquia y en la independencia que mantuvo este partido ante la URSS. Cuando defendí mi idea de que Octavio Paz formaba parte del universo de la izquierda, Arnoldo me apoyó decididamente y me alentó a buscar un diálogo con el gran poeta.

La mutación democrática de la izquierda había comenzado en el espacio de su fuerza política más importante, el partido comunista. Y esta mutación, que acabó extendiéndose a casi toda la izquierda, fue auspiciada por Arnoldo, quien impulsó cambios que provocaron que el PCM se encaminase decididamente a su disolución y a su fusión con otras fuerzas políticas. Ese impulso culminó en lo que hoy es el PRD. Sin embargo, poca gente en el PRD reconoce hoy la gran trascendencia de este proceso y la importancia de quien lo encabezó. La desconfianza en la democracia representativa fue (y sigue siendo) muy grande. Los dirigentes más conocidos de las corrientes no comunistas se resistieron mucho a aceptar las nuevas perspectivas. Líderes como Heberto Castillo, Rosario Ibarra, Demetrio Vallejo, Alonso Aguilar o Rafael Galván —por diferentes motivos— fueron aceptando con reticencias y paulatinamente el papel clave que debía representar la democracia en la caída del antiguo régimen. Resistencias similares fueron manifestadas por varios dirigentes del PCM, como Valentín Campa, Ramón Danzós Palomino y Othón Salazar. Pero al final el partido comunista cambió sustancialmente, desechó las rancias tesis marxistas-leninistas, eliminó la dictadura del proletariado de su programa y colocó a la democracia en el centro de su lucha.

Visto en perspectiva podemos apreciar la excepcionalidad del proceso que provocó en la izquierda mexicana una mutación democrática. Estoy convencido de que la clave de esta transformación se encuentra

En la historia de la izquierda mexicana Arnoldo es un **personaje olvidado** y que sin embargo constituye una pieza clave para entender la transición a la democracia.

que en 1982 logró convocar a cientos de miles de personas en un gran mitin en el Zócalo. Durante aquella campaña electoral una parte de la izquierda comprendió la importancia cardinal de alcanzar esa democracia que solía despreciarse como “formal” o “burguesa”. No puedo menos que sentir cierta añoranza por aquel “Zócalo rojo”, como se le llamó con entusiasmo, después de ver los lamentables simulacros de democracia que otros han oficiado en el mismo lugar. A Arnoldo, candidato del PSUM, le reconocieron poco más de 820 mil votos (el 3.48%). Aunque en aquellas elecciones el fraude fue descomunal —como lo había sido hasta entonces y seguiría siéndolo durante varios lustros— quedó claro que se había abierto

a comer con Rodney Arismendi, el famoso dirigente comunista uruguayo que pasaba por México; nos reunimos los tres en un pequeño restaurante cerca del monumento a la Revolución. A Arismendi le hice la típica y tonta pregunta: ¿cuál es el deber principal de un estudiante comunista? Me contestó enfáticamente: ¡estudiar!, lo que me dejó azorado. Arnoldo, al ver mi sorpresa, apoyó lo dicho por Rodney y destacó la importancia de los debates en el mundo de las ideas. Yo esperaba, por supuesto, que me dijeran que nuestro deber era hacer la revolución y que me explicaran cómo llevarla a cabo. Gracias a Arnoldo fui a lo largo de esos años comprendiendo que la revolución debía ocurrir en nuestras



+Liberator, la otra cara de la tecnología.

en Arnoldo Martínez Verdugo, el líder político que, desde la estructura burocrática del PCM, logró provocar un giro extraordinario en las tendencias de la izquierda. Debido a ello, cuando el PRI se fracturó, la corriente encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas encontró en la izquierda independiente buenas condiciones para desarrollarse. Este caldo de cultivo fue fundamental y sin él el cardenismo habría tenido muchas dificultades para expandirse. Es muy triste que el PRD lo haya sacado de su consejo nacional y después lo haya rechazado como consejero emérito. Con toda razón Miguel Ángel Granados Chapa se refirió a ello como “un acto lamentable de amnesia moral, de deslealtad al origen, de mezquindad”. Acaso esta amnesia ha contribuido a que el PRD no haya logrado decantar con solidez una alternativa y convencer a suficientes ciudadanos para obtener un triunfo electoral que le abriese paso a la presidencia. El antídoto para frenar y canalizar creativamente las tendencias populistas que tanto han dañado a este partido se encontraba simbolizado en Arnoldo Martínez Verdugo, que a fin de cuentas es lo más cercano a la socialdemocracia que ha tenido la izquierda mexicana. No se supo aprovechar este legado y ahora podemos lamentarnos por el curso que tomó la izquierda en México. Pero, más allá del lamento, yo espero que el recuerdo de Arnoldo sea un motivo de reflexión que impulse nuevas ideas y nuevas fuerzas. —

TECNOLOGÍA CLICK Y BANG: ARMAS DE FUEGO EN 3D

✎ NAIEF YEHYA

Doce personas murieron en la balacera del cine Century en Aurora, Colorado, el 20 de julio de 2012. El 14 de diciembre siguiente 28 personas (seis maestras, veinte niños, el asesino y su madre) murieron en la masacre de la escuela Sandy Hook, en Newtown, Connecticut. Estas matanzas aterrorizaron y cautivaron el interés del público en el mundo durante algunas semanas, y dieron lugar en Estados Unidos a una “conversación nacional” en torno a la compra, posesión y registro de las armas de fuego, en particular los rifles semiautomáticos capaces de disparar cientos de balas por minuto.

Lejos de ser actos aislados estas masacres representan apenas un minúsculo porcentaje de los más de 400 mil incidentes con armas de fuego sucedidos en los Estados Unidos ese año. No es de extrañar que la gran mayoría de la población esté a favor de una reforma al control de las armas de fuego pero el debate pronto se empañó debido al vigoroso y agresivo cabildeo de organizaciones como la National Rifle Association (NRA), la cual ejerce considerable presión sobre numerosos representantes y senadores

de ambos partidos, en su defensa a ultranza del derecho a poseer armas.

En abril de 2013 tuvo lugar una votación en el Senado estadounidense para imponer revisiones de antecedentes a los compradores de armas (que no se almacenarían en base de datos alguna), elemento fundamental para una modesta reforma. A pesar de intensas negociaciones y concesiones, la propuesta fue rechazada (54 votos contra 46 y solamente cuatro republicanos votaron a favor). Y el efecto de la “conversación nacional” fue que las ventas de armas se dispararon, en parte por la ridícula paranoia instigada por la NRA de que el gobierno prohibiría la venta de armas e incluso requisicionaría los arsenales privados.

Al tiempo en que el presidente Obama se lamentaba de esta derrota y prometía otras iniciativas, los medios comenzaron a cubrir de manera obsesiva la noticia de que una diminuta empresa texana, Defense Distributed (DD), había posteado en internet los planos e instrucciones para fabricar una pistola plástica completamente funcional en una impresora 3D: el Liberator. La noción de manufacturar partes de armas con una impresora digital que opera mediante la superposición de capas termoplásticas no es nueva y había sido materia de polémica desde hace años, en particular cuando se hablaba de prohibir los cargadores de alta capacidad y otras partes de algunos rifles de asalto. Si bien era posible prohibir la venta de estas

piezas resultaba prácticamente imposible impedir que la gente las “imprimiera” en casa.

La fantasía que pregona el fundador de DD, Cody Wilson, un estudiante de leyes de veinticinco años, de Austin, Texas, autodenominado criptoanarquista, que conduce un BMW y admira a Baudrillard y a Julian Assange, es que un pueblo armado puede defenderse de un gobierno tiránico, por lo que manufacturar armas en el hogar es una legítima estrategia de defensa. La misión de DD es popularizar el movimiento wiki para la fabricación de armas y de paso “defender el acceso público a las armas como garantiza la constitución”, mediante la divulgación de la información y conocimiento, sin costo, de la impresión de armas de fuego en 3D. La propuesta es infantil ya que añadir unas cuantas armas impresas en casa al gigantesco arsenal popular estadounidense no cambiará el hecho de que ese país tiene la tasa de propiedad de armas más alta del mundo (88%).

En parte su meta es poner en evidencia que los controles de armas gubernamentales se han vuelto irrelevantes en la era digital así como la censura y control de la información han perdido sentido y “eventualmente el gobierno deberá ser erradicado”. La iniciativa de DD crea un complejo acertijo en torno a la primera y la segunda enmiendas (que respectivamente protegen la libertad de expresión y la libertad de tener armas) al convertir el derecho de diseminar información en un paso para la adquisición de un arma mortal. La difusión de ideas transgresoras y subversivas solía ser temida y reprimida por las autoridades cuando las consideraban un peligro potencial por su capacidad de incitar actitudes rebeldes. En este caso estamos ante ideas que pueden materializarse y disparar balas reales. ¿Es esto una forma de expresión que debe ser respetada como si fuera un panfleto político incendiario o pornografía, o bien se trata de una acción peligrosa comparable a gritar fuego en un teatro lleno?

El proceso para elaborar el Liberator es caro, es un arma frágil y prácticamente desechable tras unos

cuantos disparos. Es mucho más sencillo y económico comprar una pistola normal. Sin embargo, las impresoras 3D así como sus insumos se abaratarán, se masificarán y serán mucho más simples de usar. No está muy lejos el día en que haremos piezas mecánicas de precisión en la impresora 3D casera con la misma facilidad con que hacemos hielos en el congelador. El Liberator es un juguete ingenioso y mortal que muestra la otra cara de una tecnología que parecía inofensiva y juguetona, es un atisbo de lo que nos espera.

El Departamento de Estado ordenó a DD retirar los planos de su página web, lo cual hicieron. Sin embargo, eso difícilmente impedirá la circulación de esta información que se ha diseminado de forma viral y puede bajarse en archivos de BitTorrent de docenas de sitios. El viejo eslogan del cyberpunk anunciaba: “La información quiere ser libre.” ¿Nos hará libres el Liberator? —

MATEMÁTICAS PRIMOS CERCANOS Y LEJANOS

— PEDRO POITEVIN

Según la leyenda que circulaba por los pasillos romanescos de Altgeld Hall cuando yo comenzaba mis estudios de doctorado, un matemático con estatus de vaca sagrada se acercó al recién estrenado medallista Fields —héroe local—, tras felicitarlo, le dijo: “ahora, si lo que quieres es brillar en serio, tienes que resolver un problema abierto en teoría de números”. Una vez pasada la predecible indignación, el agraviado se puso a escudriñar en la literatura, y dos años más tarde publicó la solución a un problema de teoría de números que había permanecido intocable por más de treinta años.

La medalla Fields es algo así como el premio Nobel de las matemáticas, pero solo se otorga cada cuatro años a matemáticos menores de cuarenta, lo que nos permite a los matemáticos argumentar, porque así nos gusta pensarlo, que es más difícil ganarse una Fields que un Nobel. La leyenda arriba descrita (poco importa su

veracidad) refuerza el mito según el cual la teoría de números es la rama más difícil de las matemáticas. El mismísimo Carl Gauss dijo alguna vez que si las matemáticas reinan sobre las ciencias, la teoría de números reina sobre las matemáticas.

La teoría de números es el estudio de los números naturales 1, 2, 3, etcétera. Las dos operaciones importantes son las que uno aprende desde muy temprano en la escuela: la suma y la multiplicación. Así que los conceptos y enunciados de la teoría de números son, en principio, mucho más accesibles que los conceptos y enunciados de cualquier otra rama de las matemáticas. Por ejemplo, un número natural es primo si tiene exactamente dos divisores. Es fácil ver que 2, 3, 5, y 7 son primos pero 1, 4, 6, 8, 9, y 10 no.

Los primos son a la teoría de números lo que los elementos de la tabla periódica son a la química. Así como toda molécula está compuesta de átomos elementales, todo número natural puede ser escrito como un producto de primos. Este resultado fue demostrado por Euclides hace más de dos mil años.

Euclides también demostró que hay una infinidad de primos. El argumento es una hermosa reducción al absurdo. Si hubiese un número finito de primos —argumentó Euclides— uno los puede enumerar de primero a último, y si uno los multiplica todos y luego suma 1, el número resultante no puede ser divisible por ninguno de ellos. Como dicho número tiene que ser el producto de primos, uno concluye que la lista que postuló completa no podía estarlo.

En el abismo histórico que nos separa de Euclides ha habido varios otros resultados mayores en teoría de números, aunque ninguno tan grande como el teorema de los números primos, el cual revela que los primos bailan de manera caprichosa sobre una delgada línea entre la estructura y la aleatoriedad. Dicho teorema, demostrado independientemente por Jacques Hadamard y Charles Jean de la Vallée-Poussin en 1896, dice que la distancia promedio entre dos primos consecutivos menores que n es $\ln(n)$.

La demostración del teorema de los números primos es bastante complicada, pero Terence Tao la ha descrito

como una suerte de operación musical. Uno le pasa una función a todos los números naturales, y esta función es ruidosa cada vez que detecta un primo, pero silenciosa cuando no. Después uno “escucha” la música de los primos con un aparato matemático llamado “transformada de Fourier”, y se da cuenta de que ciertas notas no pueden ocurrir.

Quizás sea justo decir que la música de los primos es un poco estridente. Hay una conjetura que ilustra muy bien este fenómeno. Si dos primos están a distancia 2, se los llama primos gemelos. Por ejemplo, 3 y 5 son primos gemelos, lo mismo que $3,756,801,695,685 \times 2^{666,669} - 1$ y $3,756,801,695,685 \times 2^{666,669} + 1$. La conjetura es que hay una infinidad de primos gemelos, y ha permanecido sin solución desde hace muchísimo tiempo. Una versión un poco menos ambiciosa de dicha conjetura reemplaza a la distancia 2 por una distancia N posiblemente mayor, y postula la existencia de una infinidad de pares de primos a distancia menor que N .

Hay otra conjetura que asevera que todo número par mayor que 2 puede ser escrito como la suma de dos primos. Por ejemplo, $100 = 97 + 3$. Fue formulada por primera vez en una carta que Christian Goldbach le escribió a Leonhard Euler el 7 de junio de 1742. En el sucesivo intercambio, a Goldbach se le ocurrió formular otra conjetura: una pizca menos ambiciosa: todo número impar mayor que 5 puede ser escrito como la suma de tres primos.

En estos días la comunidad matemática está de fiesta con la noticia de que las dos versiones menos ambiciosas de estas dos conjeturas históricas han sido resueltas. El matemático peruano Harald Andrés Helfgott –súbito candidato de rigor para la siguiente medalla Fields– demostró la segunda conjetura de Goldbach, y el desconocido Yitang Zhang demostró que hay una infinidad de pares de primos a distancia menor que 70,000,000. (En las últimas dos semanas, ese número ha sido reducido a 59,470,640, y ya hay una pequeña comunidad de concursantes que buscan disminuir el número lo más posible.)

Si bien Helfgott es miembro de un grupo sin mayor representación en la comunidad matemática, su perfil



+Davis obtuvo el Man Booker Prize de este año con su literatura mínima.

académico se asemeja al del medallista Fields de la leyenda con que comienza esta nota. Yitang Zhang, por el otro lado, no logró conseguir trabajo académico al terminar su doctorado, tuvo que trabajar cierto tiempo en un motel en Kentucky para sobrevivir, no ha publicado ningún artículo desde el año 2001, y no cuenta, a sus cincuenta años, ni siquiera con una posición de profesor de planta.

A la fecha, los argumentos de Helfgott y Zhang han sido examinados por los expertos más importantes del mundo y el estatus de los dos resultados es sólido. Los dos triunfos son dignos de celebración, pero si el de Helfgott nos invita a aplaudir los méritos extraordinarios de un matemático latinoamericano, el de Zhang resquebraja de manera aún más contundente el mito elitista que acompaña a la teoría de números. —

PERFIL LYDIA DAVIS, UNA ESCRITORA CON ALAS

◀M. ANGELES CABRÉ

Hubo un tiempo en que los aficionados al cuento, considerado por muchos un género menor, veíamos en los grandes autores al padre literario. Nos demorábamos en sus secretos de escritorio con la devoción de un coleccionista de

lepidópteros y, con unción casi religiosa, acatábamos con gusto hasta sus más accidentadas peripecias. Ciertamente habían hecho un trabajo excelente; entre otros, Borges jamás escribió una novela y en la obra de Kafka destacan, cómo no, sus relatos.

Hace ya unos años que algunas madres literarias, procedentes en su mayor parte del universo anglosajón (Atwood, Munro, Oates...), han renovado la *short story*. Las hallamos por lo general en habitaciones bien ventiladas con vistas a algún jardín, acaso no tan señorial como el de Isak Dinesen en Rungstedlund ni tan versallesco como el de Edith Wharton, pero jardín al cabo. El Olimpo del cuento, la modalidad que Cortázar asimilaba a la fotografía –al ser la novela prima hermana del cine–, empieza a ser un espacio compartido y construido en masculino y en femenino.

Lydia Davis (Massachusetts, 1947), hija de un crítico literario y una escritora, casada en primeras nupcias con el escritor Paul Auster y en la actualidad con el pintor abstracto Alan Cote, se ha convertido en una de esas madres literarias. Profesora de escritura creativa en la Universidad de Albany y traductora del francés –de Proust y Flaubert, de Blanchot y Leiris–, ha recibido este año uno de los galardones más relevantes, el Man Booker International Prize, por su trayectoria literaria: siete libros de relatos –entre los que podemos destacar *Desglose* (1986), *Samuel Johnson*

está indignado (2001) y *Varietades de perturbación* (2007)— y una novela aún inédita en español, *The end of the story* (1995). Un premio que ha tenido entre sus ganadores a Kadaré, Philip Roth, la misma Alice Munro y que ahora Davis obtiene después de casi cuarenta años de escritura.

Seix Barral publicó sus *Cuentos completos* en 2011 en una impecable traducción del escritor Justo Navarro. Una estimulante aventura, por lo que tiene de singular, que para los lectores en español ya había comenzado en 2004 de la mano de Emecé, que publicó *Samuel Johnson está indignado*, cronológicamente su quinto libro de relatos, del que cabe recordar la única frase de que consta el cuento que da título al volumen: “porque en Escocia hay pocos árboles”.

Davis es una fina lectora que confiesa haber leído a Beckett cuando apenas tenía trece años y que adora el latín. Es una escritora que cree en el poder de la frase exacta y que, como buena diletante de la música, considera que la lengua es ante todo ritmo. Una virtuosa que hace malabarismos con la elipsis en sus composiciones más breves y que lleva a cabo verdaderos *tours de force* en las más extensas. La artífice de una colección ya notable de bonsáis narrativos en los que la perspicacia psicológica alcanza cotas más altas que un baobab. Una cuentista personalísima que abre nuevas sendas en la corriente del minimalismo cultivada por algunos de sus mayores.

Poesía, filosofía, humor. Sírvanse estos elementos bien agitados y he aquí la literatura de Davis. Joyce Carol Oates ha dicho de ella que es “ágil, hábil, irónica y sorprendente”; y en *The Guardian* la escritora y crítica Ali Smith describió sus relatos como una “celebración del pensamiento”. Las suyas son historias que dan una nueva vuelta de tuerca a la narrativa breve, en tanto que consiguen sorprendernos en cada recodo del camino. En sus cuentos hay mujeres que salen de casa gritando sin motivo alguno y que aun así cuentan con la comprensión de sus vecinos, que piensan que todos hemos tenido alguna vez el impulso de hacerlo. Hay motociclistas pacientes que

compiten en carreras en las que gana el más lento. E individuos que disparan cámaras de fotos sin carrete.

Lo que está claro es que Lydia Davis es una escritora que va por libre. Y es que, como las grandes, Davis solo se parece a sí misma. Claro que si Cheever es el Chéjov de los barrios residenciales, ¿quién es Lydia Davis? La Carver de los pies alados, ¿quizás? —

MICROFICCIONES

CUATRO CUENTOS BREVES

LYDIA DAVIS

SU MODO DE LLEVAR RAZÓN CON FRECUENCIA

Con frecuencia pienso que su idea de lo que deberíamos hacer es equivocada, y que mi idea es la acertada. Pero sé que a menudo él ha acertado antes, cuando yo me equivocaba. Así que lo dejo equivocarse en sus decisiones, diciéndome a mí misma, aunque no me lo creo, que su decisión equivocada quizá sea en realidad la acertada. Y entonces acaba resultando, como ha ocurrido antes a menudo, que, después de todo, su decisión era la acertada. O, mejor, que su decisión seguía siendo la equivocada, pero equivocada bajo circunstancias distintas a las circunstancias que en realidad se daban, mientras que era acertada bajo circunstancias que yo no terminaba de entender.

AMIGOS ABURRIDOS

Solo conocemos a cuatro personas aburridas. Nuestros otros amigos nos parecen muy interesantes. Pero a la mayoría de los amigos que nos parecen interesantes les parecemos aburridos: los más interesantes son los que nos encuentran más aburridos. De los pocos que están en un punto intermedio, con los que compartimos un interés mutuo, desconfiamos: tenemos la sensación de que en cualquier momento podríamos parecernos demasiado interesantes o, también, que nosotros podríamos parecerles demasiado interesantes a ellos.

VISITA AL MARIDO

Su marido y ella son tan nerviosos que, mientras charlan, no dejan de ir al baño, cerrar la puerta, usar el váter. Luego salen y encienden un cigarrillo. Él entra y orina y deja levantado el asiento del váter y ella entra, lo baja y orina. Cuando la tarde se acaba, dejan de hablar del divorcio y empiezan a beber. Él bebe whisky y ella bebe cerveza. Cuando llega la hora de que ella se vaya para coger el tren, él ha bebido mucho y entra al baño a orinar y no se preocupa de cerrar la puerta.

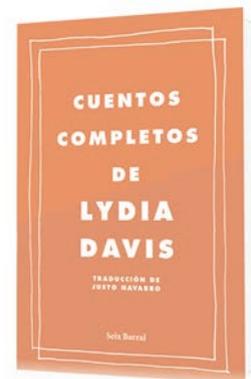
Mientras se preparan para salir, ella empieza a contarle la historia de cómo conoció a su amante. Mientras habla, él se da cuenta de que ha perdido un guante, carísimo, e inmediatamente, nervioso, deja de escucharla. Sale a la escalera a buscar el guante. La historia está a medio terminar y él no encuentra el guante. Cuando vuelve a entrar en la habitación sin haber encontrado el guante, le interesa aún menos la historia. Más tarde, andando por la calle, le dice, muy contento, que le ha comprado a su novia unos zapatos de ochenta dólares porque la quiere mucho.

Cuando se queda sola, está tan preocupada por lo que ha pasado durante la visita a su marido que anda por las calles muy de prisa y tropieza con varias personas en el metro y en la estación. Sin haberlos visto siquiera, se les ha echado tan de repente encima, como una fuerza de la naturaleza, que no han tenido tiempo para esquivarla, sorprendida de que estuvieran allí. Algunos se vuelven a mirarla y dicen: “¡Santo Dios!”

Más tarde, en la cocina de sus padres, se empeña en explicarle a su padre algo complicado en relación con el divorcio y se irrita cuando no la entiende, y entonces se da cuenta, al final de la explicación, de que se está comiendo una naranja, aunque no recuerda haberla pelado ni haber decidido comérsela.

DINERO

No quiero más regalos, tarjetas, llamadas de teléfono, premios, vestidos, amigos, cartas, libros, souvenirs,



animales de compañía, revistas, tierras, coches, casas, fiestas, honores, buenas noticias, cenas, joyas, vacaciones, flores, ni telegramas. Solo quiero dinero. —

Estos relatos aparecieron en los *Cuentos completos* de Lydia Davis, publicados por Seix Barral en 2011. Traducción de Justo Navarro

IN MEMÓRIAM

JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY (1943-2013)

ADOLFO CASTAÑÓN

Conocí a José María Pérez Gay hacia 1978, cuando estaba a punto de lanzarse la revista *Nexos*. Próximo y próximo de Héctor Aguilar Camín, había llegado de Alemania, en donde había radicado quince años, luego de haber pasado por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Había vivido en Berlín y en otras ciudades, estudiando y representando a México. Casi siempre iba vestido de aterciopelada y fina lana gris, tela que correspondía a sus maneras suaves y comedidas de diplomático en retiro. Se daba el lujo de pagar un taxi de sitio que lo esperaba mientras uno se tomaba un café con él en el Sep's de la calle Sonora. Su nombre tiene cuatro elementos: es plural, octosílabo. Pérez Gay era múltiple y en su último apellido se insinúa la ciencia jovial de Nietzsche, la Gaya Ciencia que él parecía dominar con una mezcla de desenvoltura y desencanto que lo distinguía como un emisario de otro tiempo.

Múltiple Chema: novelista difícil y audaz en su admirable e incomprendida primera novela *La difícil costumbre de estar lejos*, en cuyo título hace eco la ascesis del desdoblamiento y la autoobservación; ensayista devorador en *El imperio perdido*, biografía de una civilización desaparecida y añorada; traductor fino y aguerrido, a veces relampagueante pero no siempre perrunamente fiel de Elias Canetti, Karl Kraus, Hans Magnus Enzensberger, Paul Celan, entre los principales autores que su curiosidad oportuna supo conectar con la sensibilidad local y cuyo

conocimiento en México le debemos a él. Cinéfilo, mundano y político, llegó a ser director fundador de Canal 22 y desde ahí prodigó su conocimiento de la cultura escénica, la música y el cine; fue también consejero áulico del principal dirigente del partido de oposición en las elecciones de 2006.

Si sus conferencias nos parecían brillantes, sus conversaciones lo eran más: no siempre dejaba hablar a su interlocutor. Tenía sentido del humor, pues su risa era por fuerza políglo-ta: a veces ironizaba como florentino, otras daba carcajadas esclavas, cuando callaba sonreía con labios tristes de tanta Praga. En su mirada podía relampaguear la locura y la malicia, incluso el odio. Aunque podía ser un imitador pasable en persona, lo era mejor por escrito: en la improbable historia de la parodia y el pastiche *made in Mexico* su nombre deberá figurar por fuerza junto al de Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco, sus maestros. Era capaz de discutir porque recordaba con envidiable soltura los argumentos. Recuerdo la fluidez con que sabía exponer las ideas de André Glucksmann en su libro sobre Soljenitzin o el tono a medias histérico de Bernard-Henri Lévy cuando aquellos “nuevos filósofos” vinieron a México. Pérez Gay era —quién lo pondría en duda—, una mente ágil y rápida: a veces tan veloz que pasaba sin que casi nadie lo notara de la filosofía a la opinión.

Su intuición clave para mí fue la de haber presentido que había puentes aunque invisibles no menos reales entre la larga agonía del Imperio austrohúngaro, la Viena de Freud y de Wittgenstein y la antigua escuela política y diplomática mexicanas de las cuales él fue una de las manifestaciones más sazonadas y tardías. Si nos pusiésemos a clasificarlo entre las escuelas filosóficas del helenismo tardío, concederíamos que Pérez Gay fue un ejemplo de las contradicciones del criptocaticismo y el neopaganismo en la edad del Limbo o la ansiedad de que habla Dodds. Ese ejercicio no será muy útil si antes no se esclarece si fue un aprendiz de la esperanza o del desengaño. José María Pérez Gay escribió un par de libros que se

pueden releer con placer desinteresado, y fue uno de los mejores lectores en nuestra cultura de Kafka y de Canetti. Dilapidó su capacidad de admiración en las rústicas páginas de nuestra prensa, derrochó con prodigioso y casi bíblico desprendimiento su talento e ingenio. Era uno de los que estaba al día y sabía correr la voz y el rumor, atento como se encontraba al más leve ruido perturbador de los pasillos palaciegos. Por eso formaba parte de ese no tan cerrado círculo de la opinión que a los electores más que a los lectores permite entrever las leyes que rigen el mundo del mando. Se quería poner del lado de la esperanza, pero lo fascinaban la ceniza y la devastación. Las masacres de Camboya no tenían secretos para él, y le era familiar el diario del doctor Hachiya en Hiroshima. José María Pérez Gay parecía haber bajado al infierno —pero no presumía de su familiaridad con el horror— y haber regresado de ahí como si nada hubiera pasado. La conciencia de la responsabilidad por ese conocimiento le daba un brillo intransferible a sus ojos. No será fácil esconder en el olvido esa mirada vigilante que su cortesía apartaba del interlocutor para no abrasarlo con ella. —

CÓMIC

SUPERMÁN, HEROE SOCIAL

EDUARDO HUCHÍN SOSA

Era junio de 1938 cuando los puestos de revistas exhibieron una imagen insólita: un hombre con capa y una S estilizada en el pecho levantaba sobre su cabeza un automóvil, ante el horror de algunos testigos. La ilustración correspondía a la portada de *Action Comics* número 1, una revista mensual dirigida a niños y jóvenes, y aquel hombre de fuerza inusitada era nada menos que el tipo destinado a inaugurar todo un género en el mundo de las historietas. Con la creación del superhombre que atiende los problemas de una ciudad —y posteriormente de una nación y del planeta— el guionista Jerry Siegel y el dibujante Joseph Shuster popularizaron cierta idea de justicia inseparable ya de los poderes sobrehumanos y un guardarropa extravagante.

Identificado en numerosas ocasiones como una “encarnación” del Imperio, olvidamos que en sus inicios Superman combatió los males que suelen asociarse al capitalismo. En 1938 —cuando Estados Unidos todavía se encontraba sumido en la crisis económica—, los lectores de *Action Comics* podían fácilmente identificar el Mal con un grupo de gente ambiciosa que había llevado a la población al desempleo. Para Grant Morrison (*Supergods*), Superman “fue una respuesta humana y audaz al miedo ante los avances tecnológicos desbocados y el industrialismo desalmado de la Gran Depresión”. Eso lo llevó a tener, muy al principio, una suerte de agenda socialista.

El catálogo de injusticias que atien- de el héroe en los primeros números de *Action Comics* así lo corroboran: en el número de abril de 1939, Superman le da su merecido a una camarilla de inversionistas que habían vendido acciones sin valor. Para lograr su cometido, bajo el nombre de Homer Ramsey, compra todas las acciones; después ya como Superman perfora él mismo un pozo en apariencia inservible para hacerlo productivo, de nuevo en el papel de Ramsey vende de nuevo las acciones a los defraudadores y finalmente como el hombre de acero destruye el pozo petrolero. A primera vista parece un sistema demasiado embrollado de impartir justicia, pero explícita, en su constante cambio de vestuario, la ilusión de que cada quien puede recibir lo que se merece. En el número de mayo de ese año, Clark Kent descubre que un amigo suyo del periódico ha sido atropellado impunemente por un automovilista. Llama al intendente para preguntar por qué la ciudad tiene uno de los peores tráficos del país y el intendente responde: “Es terrible, pero ¿qué podemos hacer al respecto?” Superman decide hacer ese algo: toma por asalto una estación de radio y, al aire, le declara la guerra a los conductores imprudentes y a los fabricantes de carros de mala calidad. Después de destruir un centenar de autos, abrir caminos y poner fuera de circulación a los conductores borrachos, Superman secuestra al intendente y lo lleva a la morgue para que vea todos esos cadáveres, producto de malas políticas de vialidad. Horas



Tomado de Las 100 primeras historietas de Superman (© Comics / Clarín)

más tarde, el servidor público anuncia una campaña efectiva para atacar el problema.

El Superman de esos años —en los que los números de *Action Comics* se alternaban con aquellos dedicados exclusivamente al héroe de acero— parece confirmar que cualquier injusticia particular tiene como último responsable a un sistema que ha permitido que esa injusticia se desarrolle, ya sea en forma de casas de juego que arruinan a los ciudadanos (septiembre de 1939), obreros que son asesinados a fin de retrasar una construcción (octubre de 1939) o como hipoteca que dejará fuera de funciones a un albergue para chicos desamparados (agosto de 1939). Incluso, el Ultra-Humanita, un villano calvo en silla de ruedas que pretende conquistar al mundo gracias a su inteligencia hiperdesarrollada, se presenta a sí mismo como el “jefe de un extenso grupo de empresas malvadas”, lo cual se ajusta a la idea de que la dominación planetaria necesita de inversores para poder llevarse a cabo.

Todavía en las historietas de 1940, el ideario de Superman puede congeniar con el conflicto armado que se venía desarrollando en Europa: en *Action Comics* número 22 Clark Kent y Lois Lane aprovechan su condición de periodistas para cubrir la guerra entre las imaginarias naciones de Toran y Galonia, cuya paz se logra cuando Superman pone en evidencia que la guerra es promovida por una fuerza externa: un loco brillante, y todavía con cabello, llamado Luthor.

Sin embargo, para 1942 —con Estados Unidos metido en el conflicto—, el acercamiento es menos humanitario: en *Supermán* núm. 15, correspondiente a marzo/abril de ese año, el superhombre advierte que uno de los barcos de guerra estadounidenses ha sido sabotado y decide reparar el daño, pero en ningún momento arguye la importancia de socorrer a la tripulación: “Si no actúo rápidamente”, dice el héroe mientras se dirige a toda velocidad hacia la nave, “los muchos millones de dólares invertidos en ese barco terminarán en la basura”. Sus prioridades, como puede observarse, habían cambiado en poco tiempo.

Si, como dice Grant Morrison cada generación ha tenido que reinventar a Superman, eso supone también reinventar a sus enemigos. Modificar su idea de mal y de la porción de humanidad a la que vale la pena ayudar. Que Superman haya pasado de destruir máquinas tragamonedas a destruir tanques enemigos muestra un cambio de época y nos hace ver con nostalgia aquellas aventuras iniciales donde el hombre de acero consideraba importante salvar un albergue del embargo y donde el método más adecuado para lograr tal propósito era protagonizar una suerte de maratón de beneficencia: socorriendo millonarios, aceptando donativos, rescatando un tesoro del fondo del mar. Así, hasta reunir dos millones de dólares. Qué tiempos aquellos. —

LITERATURA

CHANDLER
Y SU LÚCIDA
DIPSOMANÍA

J. M. SERVÍN

Como en toda reflexión, es caprichoso encontrar méritos novedosos en un autor de la talla de Raymond Chandler, más allá de su vigoroso legado en el arte de la novela, así, a secas. Singularidades aparte, pocos escritores del siglo XX contribuyeron tanto al mito de literatura y ebriedad como estilo de vida. Chandler ha sido un autor muy estudiado y existe una estupenda biografía de Frank MacShane, *La vida de Raymond Chandler*, que indaga en la figura de un misántropo inteligente que poco antes de morir le diría convencido a su agente literario en Londres: “he vivido mi vida al borde de la nada”. Sería imposible en unas cuantas líneas exponer el por qué es un clásico indiscutible en la narrativa del siglo XX y no solo como padre, junto con Dashiell Hammett, de lo que se conoce como novela policiaca moderna o *hard boiled*.

Caso singular sin duda de un sujeto que en 1932 a los cuarenta y cuatro años, era un oscuro oficinista que es despedido de su redituable empleo en una compañía petrolera, por problemas con la bebida y acoso a las secretarías. Este penoso incidente que su esposa Cissy Pascal, dieciocho años mayor que él, pasó por alto, es algo así como la epifanía luego de una larga borrachera existencial en pleno periodo de la Gran Depresión, pero sirve para que Chandler haga su tercer y último intento de dedicarse profesionalmente a la literatura. Bebe, reflexiona aislado en su domicilio bajo los cuidados maternos de su mujer y comienza a escribir con éxito en revistas populares, entre ellas la paradigmática *Black Mask*, dedicada al relato policiaco. Siete años después, Chandler por fin completa su primer novela, *El sueño eterno*. Con ella nace el detective Philip Marlowe quien de la mano de su creador se convierte en ícono de la narrativa contemporánea.

Previo a su éxito tardío Chandler fue una encarnación de Don Birman, el escritor dipsómano y fracasado protagonista de *Días sin buella*, dirigida por Billy Wilder, que trabajaría con Chandler en 1944 para adaptar *Double indemnity*, de

James M. Cain, llevada exitosamente al cine con el mismo título.

¿Qué tienen en común Chandler y Marlowe? La dificultad para lograr sus metas y una dipsomanía lúcida que a uno le permite innovar un género a través de siete novelas, y al otro convertirse en el medio de expresión para plasmar una visión del mundo que, como pocas, exhibe el lado oscuro del estilo de vida americano. La simbiosis entre ambos logra chispeantes y achispadas narraciones, diálogos vivos impregnados de un sentido del humor cruel afín al individualismo que define la personalidad de la sociedad estadounidense.

Un estereotipo recurrente entre los escritores que Chandler alimentaría con su propia realidad mezcla entre *Bartleby* y Kafka, es el del sufrimiento como expiación y tortuosos bloques a la hora de sentarse frente a la hoja en blanco. A lo largo de su vida Chandler tiene enormes dificultades para escribir debido a su imaginación reprimida por la idea de considerarse a sí mismo un fracasado. A esto se suma su honradez un tanto absurda que le impedía retomar sin remordimientos tramas esbozadas en sus relatos para darles salida en sus novelas.

Marlowe es todo lo que Chandler quiso ser y no pudo, un peculiar álgido ego que de pronto recuerda a otro personaje, el del vaquero a la John Wayne dispuesto a salvar al pueblo acompañado de una rubia enamorada de cualquiera que apeste a derrota, whisky barato y tenga lista una pistola y una lengua viperina. Quién sabe cuántos escritores, lectores y personajes de novela policiaca han fortalecido su autoestima, paradójicamente, gracias al estereotipo del antihéroe depresivo, dipsómano y solitario.

Chandler sacó ventaja de su posición de celebridad literaria, y en ciertos momentos puso como condición que lo dejaran escribir completamente ebrio. Durante la elaboración del guion de *La dalia azul* en 1945, basada en una novela inconclusa, casi muere debido a sus excesos. Durante la accidentada filmación Chandler era una piltrafa que se mantenía de pie gracias a inyecciones intravenosas de vitaminas y suero. Valdría acotar que es de las primeras películas en advertir de los daños mentales



✦ Nacido el 22 de julio de 1888, Chandler cumpliría 125 años.

irreversibles provocados por la guerra en los excombatientes.

Chandler muere en 1959, mientras empuja el codo sin medida para evadir la feroz depresión tras la muerte de su mujer cinco años antes, de los cuales había pasado cuatro viajando entre Estados Unidos y Londres dejándose seducir por jovencitas como una manera de tomar la mayor distancia posible de la imagen de Cissy.

¿Es Chandler una influencia en lo que se da en llamar “neopoliciaco mexicano”? quizá a manera de imitación superficial, pues su legado profundo apenas y se nota en buena parte de la reciente producción literaria del género, más parecida a un homenaje paródico al cine de luchadores y de horror.

Quizá la influencia más notoria de las novelas de Chandler es ese imaginario urbano nocturno rodeado de bares a media luz donde entre la penumbra de neón puede aparecer una mujer solitaria en busca de amor y aventuras, el estilo de beber estoico y el amor a cocteles como el *gimlet*, tomado por Marlowe compulsivamente. La receta para prepararlo viene en *El largo adiós*: “El verdadero está hecho mitad de *gin* y mitad de jugo de lima Rose’s y nada más. Deja chico al martini.”

Chandler-Marlowe pusieron al alcance del hombre común lo que otra célebre pareja literaria, Fleming-Bond, reservó para lo que hoy se da en llamar “metrosexual”, o de menos para ese triste símbolo de la prepotencia personificado por los *gentlemen* de sociedades como la mexicana. —